













PEDRO SANCHEZ

UN VIVERO

DE SABIOS

(RETRATOS Á LA PLUMA)



MADRID.—1888

LIBRERIA DE FERNANDO FÉ.

*Carrera San Gerónimo 2.*

860-4

SAN

UNV

UN VIVERO DE SABIOS

**NO SE PRESTA**

Sólo puede consultarse  
dentro de la sala de lectura



UN VIVERO  
DE SABIOS

RETRATOS Á LA PLUMA

PINTADOS POR

PEDRO SANCHEZ



R. 17.965

MADRID.—1888

LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ  
Carrera de S. Gerónimo 2.



---

Es propiedad de su autor. Queda hecho el depósito que previene la ley.

---

Á MI QUERIDO AMIGO

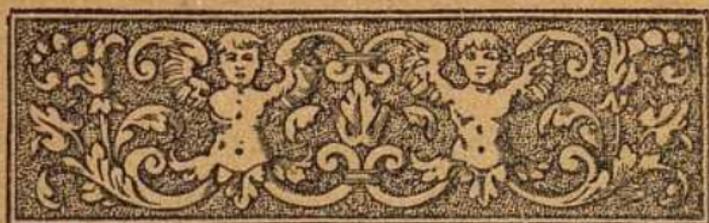
Don Fernando Serrano y Palacios.

---

*Tracé estos esbozos, siluetas, semblanzas ó como quieras llamarlos, como un ensayo en el género, único quizás á que no había osado mi pluma. El éxito que el público les ha dispensado, superior al que nunca pude prometerme, decídeme á coleccionarlos en este pequeño volumen, que te dedico en prueba del afecto sincero y de la gratitud que te profesa, tu amigo y colega*

*Pedro Sanchez.*





I

## DON LEÓN BORREGO



SI se avenían, en apariencia al menos, su físico y su moral, como su fiero nombre y su apellido humilde. Era de esos que rejelean como el amilíco, sabio de los que llaman de la cáscara amarga, porque se embadurnan el magín con tinturas de un filosofismo trasnochado que luego vierten, impuro y asfixiante, en peroraciones y pláticas de menor cuantía, dirigidas, por lo común, á jóvenes no muy allá de ilustración y á las veces al rãpe de conocimientos respecto á la materia.

Pero ¡cualquiera al contemplarle lo diría! Cualquiera al admirar su porte beatífico, su oscuro traje pregonando á la legua que años atrás estuvo, ya pasado de moda, en los escaparates de algún almacén de ropas hechas; su parsimonia en el andar, su comedimiento extremadísimo; tan meticoloso hasta en lo más nimio y baladí, y siempre tan embarazado y torpe como capellán en visita, cualquiera al verle no le creería cura de regimiento en ciudad levítica ó sacristán de trochi-moche, antes que aquella viviente admiración de escolares, antes que aquella celebridad anónima, mitad víctima de su modestia y corrección, mitad maestro recompensado con ser ídolo predilecto de algunos que por modo fatal profesan la tontolatría; antes que aquel sabio de ene, de cajón, axiomático, indiscutible é inabordable. Para engañar por la apariencia, nadie como don León Borrego. Al verle, un pazguato capigorrón: al oírle *ex-cátedra* (que no de otra manera habla él nunca) un racionalista, ó un kraussista, ó un positivista, según los

tiempos, pero siempre un ateo. Digo que quien le puso don León Borrego no era lerdito.

Por esto de la contradicción palmaria entre el ser y el parecer que le caracterizaba; que por otro motivo, así hacía el nombre á la persona como las sandalias á un predicador, y apenas descarnada un poco su corteza, ya se daba á entender que en cuanto á fiero sabio y mansísimo humanófilo, ni era lo que parecía ni parecía lo que era.

Su sabiduría no pasaba nunca de la rapsodia. Reducíase á lo que un prolijo estudio puede alcanzar cuando la inteligencia no funciona sino á modo de máquina fotográfica, y un posterior trabajo de acepillado de perfiles establece las diferencias que se juzgan oportunas entre la reproducción y el original. *Nihil novum sub solem* solía exclamar don León cuando alguno era osado á hacerle ver *la coincidencia*.

Respecto á su humildad, ha de saberse que no excluía aquellos casi sublimes rasgos de soberbia y cólera que mostraban los ídolos de las supersticiones contra

quien incurría en el desagrado de su eximia y augusta superioridad. Solo que esto se velaba, se cubría bajo un juitismo irreprochable.

En resumen, pues: ¿era un terrible paladin del libre examen? ¿era una victima de eso que llaman *nueva ciencia*?

Más conformes que en una y otra apreciación están los autores en el juicio de que era un hipócrita.

Yo, sin embargo, no dejo de reconocer que don León Borrego era un completo sabio hasta cierto punto; un sabio especialista; un sabio en lo que se podría llamar astronomía social, cuya ciencia practicaba á maravilla, por su puesto erigiéndose él en astro rey, en centro de un sistema planetario. Así que con preferencia á todo, cifraba sus afanes en rodearse de otros sabios no tan rutilantes, que eran los planetas del sistema; cada uno de estos, y más que estos de por sí, el conjunto de todos ejercía la fuerza de atracción sobre otros, meros aficionados á sabios ó con pretensiones de serlo, que venían á ser los

satélites; y algunos desperdigados jóvenes á quienes por curso ó por temporadas entra grande comezón por saber, eran las estrellas errantes, aereolitos y demás cuerpos del sistema.

Sucedía, que si algún sabio planeta llegaba á tener luz propia y á brillar junto al astro rey disputándole la fulgencia de su luz, don León al instante variaba de órbita mediante un eclipse de un semestre, y entonces era cuando en las sombras de este eclipse se verificaban aquellas transformaciones del kraussismo al racionalismo, del racionalismo al positivismo y de este á un empirismo ó no sé cómo apellidarle, cuya idea expresa mal que bien esta palabra: *hechología*... Porque la base de esta ciencia, son los hechos que pueden ser tratados, discutidos y comprobados; los que se ven y palpan; los que se manifiestan y radican y existen en un objeto, cascajo, chisme, piedra ó chirimbolo.

De estos sucesivos eclipses, de estas variaciones de órbitas ó cielos, resulta que

don León Borrego es poco conocido, que todos tienen noticias de su sabiduría sin saber precisamente en qué consiste esta. Sus sectarios, los satélites del sistema en que anda, contestan con una excomunión ó una carcajada si alguno de ella le pregunta. Y los satélites de un sistema por donde ha pasado, ó le critican apasionadamente como si abrigaran grandes resentimientos, ó con sereno juicio dicen que ahí están sus libros progonandola.

Ninguna de cuyas réplicas ataca à la sabiduría de don León, porque para juzgar de un libro es preciso conocer una docena cuando menos de libros de igual índole, y la vulgaridad no se toma este trabajo, ni pasa, cuando llega, de los libros de don León. Lo que à la vulgaridad no pertenece, claro es que sabe que don León no crea: reproduce, tergiversa y desfigura, en lo cual consiste su sabiduría.

---



## II

# PERIQUITO CASTAÑAS

---



s todavía un tallo de los más tiernos del vivero, á quien casi ocultan las vulgares malvas; y el viento inclina según de donde sopla; pero el ojo avizor de don León Borrego vió en él, tan tierno y todo, madera aprovechable y pensando enriquecer el sistema astronómico, base de su fama, le dió la alternativa de sabio de tacon ó bajo vuelo.

Si anduvo ó no acertado el astro rey, dirálo á su hora el tiempo; mi opinión es que sí. Porque aun cuando Perico no ha conseguido todavía ni lo que el burro de la fá-

bula: que le suene la flauta por casualidad, es un cascaruletas, osado, parlanchin é ignorante, que despotrica de lo lindo contra las religiones positivas, esta es su frase de repertorio, contra las religiones positivas, y aún le sobra facundia para emprenderla cálamo corriente contra las patrias instituciones, á las que pone de vuelta y media con argumentos de *El Cencerro* y frases de *Las Dominicales*. Sumad á esto que á cada tres minutos ha repetido por dos veces que èl es positivista racional armónico, y decidme si don León anduvo errado al escogerlo para figurar en su cohorte.

A más de que el muchacho tiene otros varios méritos sobre los antedichos; uno de ellos, grandioso: Discursea.

Cierto que no siempre que quiere, pues ya se le vió más de una vez en que su petulancia fué osada á tomar parte en una discusión pública sostenida por personas sensatas, simular ó sentir realmente un vahido de mujer gazmoña.

Pero èl contando con la ignorancia del oyente, sin encomendarse á Dios ni al dia-

blo suelta la taravilla y mondo y lirondo sale de aquella boca un discurso de cajón con razones de pié de banco y frases de brocha gorda que arden en un candil. ¡Oh, y qué cháchara la de Perico! Con diez ó doce palabras de las más vulgares, y el repertorio entero de los adverbios en *mente*, habla de todo cuanto hay de que hablar en este mundo. ¡Cuánta cosa de fundamento y digna de ser oída no dirá!

Castañas no es masón todavía, pero tira á serlo. Sabe ya que h.: significa hermano y que el mandil es prenda de uniforme; fáltale explicarse por qué la valia en la hermandad se aprecia por grados como el aguardiente, y extrañase mucho de que aún no se llame al Gran Arquitecto fuerza prima, conforme aconsejan y demandan los adelantos de la época. Ya él propondrá la modificación, que á su parecer es sustancial; por ahora lo que le embarga el ánimo al parar mientes en este asunto, es el nombre simbólico que tomará cuando se inicie. Porque así como así, ¡tiene unas ganas de que los sabios y perso-

nas de copete no le llamen Castañas!.....

En la sociedad de libre-pensadores, á la que no hace falta decir que él pertenece, Periquito es uno de los pendolistas; vamos, secretario ó manipulador de actas y cuentas; algo así que explica su intervención en todo, y que en todo se admita su cuña, y que en resumen sea en ella uno de los farantes; porque como se puede dar el caso de que el presidente de la sociedad mencionada sea un albeitar, ocurre que no siempre el fornido profesor de patología animal está á la altura de la misión del libre examen, y vienen como anillo al dedo los expedientes á que súbito recurre la farfullera lengua de Perico.

Así este mi señor, á quien es lástima que su físico ruin impida ser llamado de otro modo que con el nombre dado comunmente á cierta forma de candil, corre en volandas por el camino de la sabiduría sentado el pié apenas. Y si el vivero, lo que Dios no permita, no es arrasado por cualquier irrupción de las hordas del oscurantismo, como suele él llamarlas en sus

momentos de mayor lucidez, lo que es hoy un tallo tierno como el de la escarola, llegará muy presto á ser tronco de olmo.

Y no dará peras; porque el olmo.....

Ya saben ustedes lo demás.







### III

## Don Fulgencio Abril de Pombal



o creo que este hombre vino al mundo predestinado á ser el pomposo y coruscante sabio que el vivero estima uno de sus más llamativos adornos; porque eso de llamarse don Fulgencio Abril de Pompal, suena á caliche levantado, á hinchazon, á cosa hueca, á convexidad que llena el ojo y sólo tiene aire por dentro.

Y efectivamente: no es ofensa decir que nuestro sabio tiene llena de viento la cabeza, y aun si añadiésemos que todo el

cuerpo, no hiperbolizaríamos; porque viento es sin duda lo que entorpece el juego de sus articulaciones y le hace andar como pisando huevos, y volverse con más trabajo que un erizo, y caminar con el empaque de un santirulo en andas. D. Fulgencio se hincha á las veces más de lo consentido por la elasticidad de su periferia, y ora la pluma, ora la lengua, dan desahogo á tal exhuberancia produciendo escritos y discursos que salen tan redondos, brillantes, bonitos é insustanciales como los buñuelos.

Su obra fundamental es Schopenhauer, una traducción de Schopenhauer, hecha directamente del alemán por medio del francés. Si la leyérais, apreciaríais el talento de este hombre. Resulta la traducción esta algo menos alemana, pero mucho más confusa y embrollada que la original. ¡Con decir que el mismo don Fulgencio no ha llegado á entenderla....!

Y afirmolo porque una vez que á un periódico se le antojó llamarle "el ilustre filósofo," Abril de Pombal, volviendo por

el lustre de la ciencia, no pudo contenerse y exclamó:

—¡Estos gacetilleros!.... ¡Qué más quisiera yo que haber entendido á Schopenhäuer cuando traduje aquella traducción!

Así dijo, á sus solas por supuesto: que don Fulgencio es harto vano para lanzar en público aquella acusación de su conciencia, á la que luego, con el tránsito de los años, ha llegado á domeñar de un modo tan completo, que no por petulancia, no por amor propio, sino de buena fè, á conciencia, está él plenamente convencido de que es un gran filósofo, y de que Fox Morcillo fué guardia de Corps como Herbert Spencer.

Su filosofía es pura metafísica, de lo más sutil y alambica; nada de aquellas pedestres teorías que puedan ser aplicadas á la práctica. “Como, luego vivo.” ¡Horror! Este aforismo es propio y exclusivo de un pobre boticario. El supino talento de Pombal no baja nunca á tal minucia; discurre clarovidente por la serena región de las

más sublimes ideas, y llega á la sustancia, al ser en sí, á la meta.

¡Y cómo traduce este trabajo cuando su bondad excelsa le hace tener la dignación de poner sus disquisiciones profundísimas, al alcance de los simples mortales! ¡Oh! Hay que oírle para comprenderle. Es decir, para comprenderle, no, porque á tanto no alcanza la penetración de las gentes; pero en fin, para presumir cuánto alambica.

Abandona después las cumbres filosóficas, y no está menos espasmódico al discutir sobre los vulgares objetivos de las inteligencias comunes; sobre los problemas de gobierno, por ejemplo, ó sobre la verdad científica de las religiones. Es demócrata, por supuesto. E iucrédulo ó negador, por supuesto también. Y cuando sus olímpicas peroraciones versan sobre política ó regilión, ¡qué alabastrina y candente elocuencia la de su florida y abundosa palabra, exenta de sindéresis y sobrada de pámpanos poéticos.

“Si la blanca clámide de la democracia envuelve refulgente á los espíritus que

antes .loblegara el férreo peso de la nube levítica en cuyo seno cavernoso el mundo yacía condolorido; si el sereno al par que fulgente gubernamentalismo de una república templada al fuego frío de una sabia experiencia, hija del hecho y de la idea, del fósforo del sabio y de la observación, alienta en las auras balsámicas y da savia de vida popular á los pulmones del inmenso cosmos ¿cómo resistir al torrente impetuoso de esa cascada mágica que el dominio indudable de la idea primordial, de la idea madre....“

Inutilmente; no me sale. Lo que he trazado en el párrafo anterior ayudado por recuerdos confusos de la perorata que á una veintena de correigionarios embriagados con *champagne* de botica ha dirigido no hace mucho, es bastante cursi. Casi de sobra. Pues, sin embargo, está á cien leguas de la cursilería ingénita en Abril de Pombal. Abril de Pombal, es mas hue-ro, más insulso y enfático de lo que aquel trozo de discurso enseña.

Don Leon Borrego le conoce en toda su

ventruda insignificancia, y por ello le distingue con todo el cordial afecto de que es capaz su alma egoista; porque aquel filósofo de bisutería le trae al sistema planetario de que es centro, mequetrefes y tontos como Periquito Castañas.





#### IV

## CORRALES



¡ más nombre, ni más nada. Corrales se decía, y ya la gente estaba al cabo de la calle, cual si no hubiera en el mundo otro Corrales que el poeta de Vitigudino, más conocido y más famoso que el tabaco del estanco, y casi popular á la semana de haber aparecido aquí, donde no sé qué viento, aquilón ó bonancible le condujo, para dispensarnos la más señalada merced que jamás pueblo alguno debió á sus redentores.

Ello es que aquí teníamos una gloria cuya existencia no se había advertido;

aquí nació Bejarano, un poeta que se pasó la vida haciendo versos á.... las revistas literarias que se los pagaban, en los cuales versos pintaba, por lo común, las amarguras que este pícaro mundo hace pasar al genio cuando el genio se tiende á la bartola y no trabaja. Contemporáneo este Bejarano de Ayala, de Hartzembuchs, de Tamayo, García Gutierrez y Zorrilla, todos más grandes que él, apenas si algùn que otro literato ó amigo particular se había fijado en su desaparición del mundo de los vivos, como apenas si nadie se percató antes, de que Bejarano en sus versos imitaba á Heine y copiaba á Hegesippe Moreau y otros autores extranjeros. Así que al terminar sus días, el que más exclamó: “¡Pobrecillo! ¡Tan joven!...”

Y nada más pasó, hasta que su admirador el poeta de Vitigudino llegó á esta santa tierra, y nos hizo observar que Bejarano era una gloria, un genio, un Voltaire ortodoxo, un Goethe compatriota, al cualera preciso erigir un monumento de estas y aquellas señas, con esta y la otraco-

sa, según el figurín que el difunto detallaba en su testamento poético. Porque parece ser y bueno es consignarlo, que, ó Bejarano presintió la existencia de Corrales, ó en uno de esos ratos de negro pesimismo que á los bohemios suelen acometer cuando no llevan blanca en el bolsillo, tuvo la humorada de manifestar deseos de que le enterrasen en el campo y pusieran encima de su tumba una gran piedra y una cruz, cuya pesada mole defendiera sus restos de un perro famélico.

Y héte aquí que Corrales siempre con Bejarano á cuestás, y dale que le das al testamento poético, y zurra que es tarde con aquella ignota gloria nacional, se cuele en todas partes como el viento, y llega á tener cosas, que es cuanto hay que tener en esta tierra. Una majadería, una impertinencia, una memada, ¡cosas de Corrales!... ¡ah! ¡está chiflado!

Y á la birla birlonga aquel adorador platónico de Bejarano, iba quedándose con todo el mundo, y hasta lo que es más de admirar: iba haciendo pasar por poesía

una especie de versos ultramarinos cual no se han visto iguales ni en la *Revista de Ayacucho*.

“Desde ya te estoy mirando,  
y recién ahora queriendo;  
si no más me estás amando,  
vaya bien velo á diciendo.”

—¡Original! ¡magnífico! ¡puros ultramarinos—exclamaba un socarrón cualquiera, que los escuchaba.

—¡Oh! sin importancia—replicaba Corrales.—Son de un poema sinfónico, cuya introducción publiqué en *El Eco de Arroyo-Corambres*, revista mensual política, científica, literaria y de intereses morales y materiales que ve la luz en mi país.

—Pues sí, muy buenos.

—¡Ah! ¿Quién habla ya de versos buenos después de haber leído los de Bejarano? ¡Ese es el poeta-cilópleo! Y á propósito: lo del monumento va en marcha pues. Yo preciso que usted me tome parte en lo del testamento. Tenemos ya elegido el sitio, y hecha designación del carácter de

letra de la piedra. Habrá una velada poética, usted saldrá en ella.

—¡Sí, sí; saldré..... (de quicio.)

Y así se las busca este árbol del vivero, que en nada se parece á los demás.

A quién nunca sedujo Corrales, ni con sus versos ni con su entusiasta admiración por Bejarano, fué á don León Borrego, cuya teoría acerca de los poetas, no deja de ser original.—¿Qué hace ese jóven? ¿versitos? ¡ah! La poesía es como el cante flamenco; nada de malo tiene en sí, pero quien gusta de él, se pierde irremisiblemente. ¡El opio de los chinos!

Para estos contratiempos, Corrales guarda el hacer los elogios más disparatados; el alabar sin tasa ni medida; el demostrar un afecto tan súbito que le llevaría, dice él, à..... cualquier parte; y como hasta las fieras se amansan con la música, el puritano sabio llegó á admitir la poesía como recreo fútil de que el ánimo necesita en sus cansancios y á Corrales como á su cornetín de órdenes, siendo éste hoy quien con versos y sintonías acierta

à bailarle el agua como nadie; tanto, que en la primer vacante pasará de satèlite à cometa.

Y hè aquí, sin filosofía y sin nada que à conocimientos huelga, un verdadero sabio, uno que sabe vivir.





V

## DON VENTURA NÚLITAS



or San Pedro misanto, juro que he estado mucho tiempo sin acertar á explicarme satisfactoriamente la existencia de Núlitas en el vivero, no obstante de que pretendí hallar la razón de ella, ò siquiera una disculpa, tanto por medio de la *hechología* de don León Borrego, como por la vaporosa metafísica de Abril de Pombal. Pero lo que estas ciencias á mi curiosidad negaron, concediómelo ha poco una buena ocurrencia de Perico Castañas, que ha estado feliz una vez en su vida. Creo que le ha sonado la flauta

como al burro de Iriarte: por casualidad.

—¿Qué oficio desempeña Nùlitas en el vivero? ¡Qué oficio ha de ser! El de palo de telègrafos. Nada hay completamente inútil para la verdadera ciencia.

Y efectivamente: he estado más torpe que un guarda—cantón, al no ocurrirsemo tan palmaria verdad, después de haber ya visto que el asa de un puchero viejo merece de los modernos sabios ser colocada en charolado estante á cubierto del polvo y de profanas manos. Pero es que no buscaba la verdad por su camino.

Porque yo preguntaba: ¿Nùlitas escribe?...

Y se me contestaba:

—Nunca le ha escrito más que á su familia, y no consta en autores si con gramática pasable.

—¿Nùlitas habla?

—Dícese que acierta á pedir la sopa casi sin balbucir.

—Todavía puede sopotarsele si piensa. ¿Piensa realmente Nùlitas?

—Largas disquisiciones no han logra-

do hacer la mayor luz respecto al punto. Sí se ha puesto en claro, que si no piensa, gana para pensar. No en balde sellama don Ventura.

—Mal vamos. Pero en fin; respecto de creencias.....

—¡Oh! Precisamente ese es su baluarte. Ni cree ni duda, ni afirma ni niega, ni se le da un comino de las religiones; mide las á todas por el mismo rasero, y á todas las inculpa, no por sus misterios, fundamentos ó ritos; sino porque dividen á los hombres.

—Pero filosófica ya que no prácticamente, ¿no inclina su ánimo á ninguna?

—De inclinarse á alguna, creo que será á la del caballo. Hay que reconocerlo. A su penetración no muy aguda no ha llegado á ocultarse cuán cómodo es no definirse, y pasar por blanco con los blancos y por azul con los azules. Así que sin pensar en nada, él hace á todo: lo mismo á boquilla que á cangrejo.

—Lo que, resumiendo, quiere decir que volvemos al palo de telégrafos, al poste.

Pues francamente: dado el criterio de los sabios, lo reputo un parche en el vivo.

—Está usted hecho un don Ventura. Su implantación allí delata, como otras muchas cosas, que don León Borrego sabe más que Briján. ¡De qué figura pudiera él echar mano para tenerla junto, sin que amortiguase en lo más mínimo los destellos de su siniestra luz? Un palo de telégrafos, no da, por no dar nada, ni siquiera sombra, y se presta maravillosamente á hacer palmaria la sombría frondosidad de un álamo vetusto é infructífero como don León.

—Pero postes ¡hay tantos! No veo pues la causa ni el motivo de que en él se fijara el planeta central.

—Efectos de la óptica, amigomío; efectos de la óptica que como ciencia de objetos y visiones, nosotros los sabios tenemos muy en cuenta. Un hombre con gafas, no necesita para pasar por sabio más que desearlo. Y Núlitas las gasta con armazón de oro.

—¿Gasta gafas?

—Y castora á diario. ¡Oh! La indumentaria entra por mucho en la sabiduria. Y para quien no tiene otros títulos.....

Tan sabias observaciones, yo sospecho que Perico Castañas las ha oído de labios de alguien, primero porque son muy atinadas, y luego porque hay Pericos que repiten.

Como los relojes y los ecos.

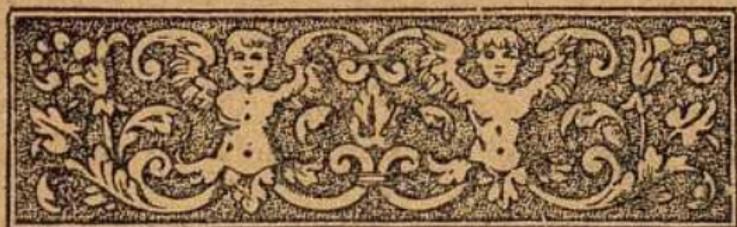
Otorguemos, pues, la consideración debida á don Ventura Nùlitas, persona excellentísima aparte la sabiduría, y que no hace sombra á nadie.

Ventura por lo que logra y Nùlitas por lo que dá, que no es más que una piedra, sólo por haberme encontrado con su insignificancia ojeando el vivero, es por lo que me entretuve en ponerlo de manifiesto, á lo que de seguro no he acertado; porque tan seco, tan falto de relieve me le he hallado, tan sin particularidades ni distintivos, tan común y borroso, que sólo con su elocuente nombre de don Ventura Nùlitas, creí que acertaría á distinguírle.

Sobre lo anteriormente dicho, ahora se me ocurre que tiene una característica indeleble:

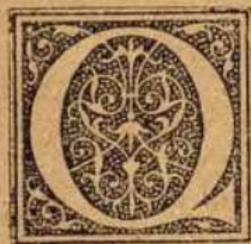
Don Ventura Núlitas no ha inventado la pólvora.





VI

Don Pompeyo Grande y Mayor



ué sabio tenemos para hoy!  
;Si vieran ustedes qué sabio!  
De los que no se pescan  
si no con almadras.

Quisiera presentároslo en toda su grandeza; pero ;cá! no cabe en un artículo, como no cabria en un libro. Si los canovistas no hubieran puesto á medio uso la calificación de *monstruo* aplicándosela á su jefe, vendriale que ni de molde á don Pompeyo; mas echada á perder como lo está ya hoy, no sirve para dársele á una esfinge semejante. Le viene chica; nuestro sabio es mayor que su apellido.

Y cuando tan corpulento y estirado aparece con aquel grave y majestuoso paso de

“el animal que á Europa fué tan caro,” como llamó al buey uno de los hermanos Argensola, se corta el horizonte en su figura colosal.

Y es una suerte loca que este sabio no hable, porque de hablar, plagiando lo que decía un trujimán del instrumento con que se colaba en los saraos, podríamos decir de él:

—¡Digo! ¡Pues si este sabio hablara!

Pero nada; no habla, sin duda por no hacerle mal tercio á Salomón, y sólo en obsequio á su empaquetado amigo de Pom- bal, cuya híbrida filosofía le amodorra, se pasa el tiempo que le escucha pronunciando la *A*, á todo pasto.

Y aquí pondré una nota aclaratoria de eso de pronunciar la *A*. No será más que una, porque no quiero hacer la competencia al sabio en Prehistoria Sales y Ferré, cada uno de cuyos libros parece, por las notas, una edición de la *Vulgata*.

La nota mía es esta: Que nuestra sabia doctora la Academia enseña que la *A* se pronuncia "con la boca abierta."

Dejando pues á otros que pidan á la Academia el que pronuncie las demás vocales con la boca cerrada, yo me limito á daros cuenta de la clásica actitud de Grande oyendo al insufrible de Pombal, y sigo adelante.

Añadiendo que Grande y Mayor siente un afecto tan profundo por la primera letra de nuestro alfabeto, que no se le cae su nombre de la boca.

Por este solo rasgo comprenderán ustedes que don Pompeyo es una gran figura en el vivero, al que ha llevado el lustre y la autoridad que pocos; porque no es él un sabio improvisado como el pseudo-poeta de Ayacucho, no señor. Antes que la ley de higiene intelectual hubiera ordenado la cria de sabios en almáciga como las lechugas, ya él fué un personaje. Salió una vez diputado por..... casualidad, que es el distrito en donde tiene sus adictos. Y sucedió que el jefe á quien servia fué de pron-

to elevado á Máximo Cacique, necesitó de poner casa, y faltándole algo en el ajuar y no encontrándolo, salió por esas calles voceando: "Un farol de retrata; necesito un farol para abrir casa; ¿hay quien lo preste?"

Pùsose el sol de súbito con la presentación de Grande, y el Presidente en ciernes, dijo: "Hè aquí mi hombre. Vive Dios que he sido tardío, pero cierto; porque un farol más grande....."

Y por arte de birlibirloque, que es como se constituyen los gobiernos en España, don Pompeyo se halló á la altura de Palanca, aunque sin honorarios póstumos, porque después de aquella fecha, no han vuelto á darse colorados, que es, en política, el color á que él apunta.

En aquellos sus tiempos de grandeza, yo no le conocía aún; pero se puede ver por el *Diario de Sesiones* que en aquellos tiempos, la inteligencia de Grande y Mayor estaba en la plenitud de su poder y fuerza. Después ha decaído.

Y lo prueba este dato. Hoy, si por rara

casualidad se abren sus belfos labios, no dice más que A.

Y en aquella época y en días de vena, muy frecuentemente solía oírsele: ¡Ah!

Con extrañeza, ó sin ella; que hasta ese lujo tenía, y tal era el colorido y vigor de su elocuencia.

Pero el tiempo *todo en polvo convierte*, como dice otro sabio del vivero, semi-traduciendo del francés, y don Pompeyo ha degenerado tanto como el posibilismo.

No obstante, en el vivero tiene todavía y tendrá siempre un puesto principal, por que así es uno, según quien le rodea. Y aun cuando parece que su modestia ingènita se inspira en los santos de Francia, que no meten ruido por ser, la mayoría de ellos, de madera, de barro ù otra materia sofogèna, yo confío en que llegará á obtener los honorarios palanquinos.

Si para ello mi ayuda le hiciera falta, que no lo creo, no tiene el bueno de don Pompeyo más que pedírmela.

Y la puede contar por concedida.

Porque yo soy así: tan caritativo y

complaciente con estos grandes sabios.

Y cuidado que no pertenezco, por mi dicha, á la sociedad protectora.





## VII

### DON ANTIOCO

---



Es presento á ustedes al señor don Antioco Galán de las Pubertas, muy señor mio, y supongo que también de ustedes; pero sobre todo, de no sé qué canongía del presupuesto, que viene usufructuando desde los tiempos de la Restauración, no obstante de comulgar con Ruiz Zorrilla en la escuela sargentománica.

Vedle: sentadito en el filo de una silla como para que lleguen al suelo sus patitas cortas; las orondas manos sobre el puño del bastón, y apretada la mofletuda faz

que corona un recortado pelo bronceo, parece la imagen turulata de un compromisario de Bormujos.

Sin embargo; aunque por su físico parezca un hijo natural de César; aquel hijo que motivó el célebre *tu quoque*, los sabios de la hechología y el arquitrabe, han dado por probada la existencia de las células grises en su meollo, y por cierta configuración y protuberancias de este, han apuntado que la natural tendencia de sus facultades es la reproducción.

Y claro está que desde que ha sabido lo que de él pregona la nigromancia materialista, se ha sometido dócil á su fallo, no tanto por creer el vaticinio ley fatal, como por no desmentir él mismo y en sí propio las tangibles verdades de la doctrina que profesa.

Así que, reproductor de obras ajenas le prescribe ser la configuración material de su cabeza, y á reproducirlas se limita.

Qué intensidad tenga semejante sacrificio, ó hasta qué punto sea tal, es discutible; porque así como así, no dejan de ad-

vertirse en el señor don Antioco ciertos rasgos de cuco, no se á què cédulas correspondientes; pero que debe de tenerlas, porque la cuquería existe en él; es indudable. Y tal vez no quiera aventurar su reputación tras de un libro original, temiendo le suceda lo que á su Pilades ó amigo inseparable don León Borrego, quien allá por los tiempos en que era kraussista, escribió un libro titulado nada menos que así: *Metafisica de la muerte*.

Con él don León se prometía una fortuna. Porque lo que él decía: "Los cultos al leer el simple título, diran: ¡*Metafisica de la muerte!* ¡La muerte filosofando!..... Sin duda este será un libro peregrino; comprémosle."

Pero sólo de uno se sabe que comprase el tal libro, y este comprador fuè un filósofo entendido y crítico además, que luego de reirse á mandíbula batiente durante su lectura, tomó la pluma y escribió unos pequeños apuntes bibliográficos, en los que en resumen se decía: "Es este libro en que me ocupó, bueno por varios conceptos,

Tiene buen papel, una letra clara, un tamaño proporcionado y una excelente encuadernación. Pero el autor no ha estado feliz al titularlo; este libro, en vez de *Metafísica de la muerte*, debiera titularse *Muerte de la Metafísica*. Porque la mata.

De la coragina que le dió á su autor al leer esto, se quitó la camisa kraussista que vestía.

Pues don Antioco sabe esto, y escarmentado en agena cabeza, no quiere aventuras. Nada de producir, primero porque es arriesgado, y segundo porque, para sentar plaza de sabio, no hace falta.

Y luego por las protuberancias: ¿qué diría la ciencia si él pasase algún día del nivel de mero traductor?

Nada; traducir, y sólo traducir.

Por supuesto, obras de filosofía.

Aunque tal es su afán, que cuando no halla á manos de estas, traduce cualquier cosa aunque esté en castellano. En fin, suya es una traducción á la prosa de la *Araucana* de Ercilla, que anda por ahí en los refinós.

¡Y cómo traduce, Santo Dios!

No llega á don Pompeyo Génér, que huyendo de los galicismos, escribe en francés; pero casi le pisa los talones, de cerca que le anda. "Con la extensión de esta doctrina por la Europa, la perfección del hombre es arribada;" se lee en una de sus versiones.

¿Y esas traducciones se publican?  
¡Vaya!

¿Hallan editores?

Editores precisamente, no; pero sí primaveras que con ellas creen hacer más negocio que el Banco de España.

No lo hacen, naturalmente; esas ediciones, después de seis ù ocho años de andar ocupando almacenes y estorbando y recogiendo polvo, se venden al peso ó se tiran.

Y don Antioco se entera de ello, y se acongoja. Pero pronto se consuela racionando de este modo:

—Después de todo, la baja en los precios, facilita el mercado. y dá margen á la divulgación. Si los tejeringueros entendie-

ran de filosofía... En fin, á otra: es deber del soldado de la ciencia no desmayar por nada ni por nadie.





## VIII

### JUAN MARTIN



EMUÉSTRASE en él lo que puede la fuerza de la sangre. No obstante de pulular entre esa guardia negra constituida por fanáticos de la negación, fanfarrones de una ciencia mentira, y adoradores de la carne de tonto adobada á la filósofa, consèrvase tan bueno como siempre fué, y es apreciable y digno por todos conceptos.

Cómo vino á caer en manos de los sabios, se explica fácilmente; no así como le conservan entre ellas, en lo que hay mácula sin duda.

Trátase de un muchacho pudiente que, cumplidas sus obligaciones escolares, dedicaba el tiempo á divertirse aristocrática y honestamente, montando á caballo, asistiendo en saraos, y enamorando á las bellas. Un año estas juveniles expansiones le hicieron quizá olvidarse de los libros más de lo conveniente, y cercana la terminación del curso, acudió á un sabio que le hiciera recuperar en sus estudios el tiempo perdido.

Aquel sabio lo endemonió. Una semana no hacía que le trataba, y ya no se le vió más á caballo ni curarse de fiestas ni pensar en amorios. Tan sólo conservó de su antigua personalidad, el prurito en vestir bien que antes le señalara; y esto porque su buen sentido le hizo entender sin duda, que tan sabio se puede ser vestido ridículamente como bien vestido.

¡Y con qué amor, con cuánta pura vocación se somete á las pruebas porque le hacen pasar los sabios! Ni el monje más decidido.

Para las expediciones esas que empren-

den en busca de pedruscos y cacharros, siempre tienen dispuesto á Juan Martin, no obstante de que las tales expediciones son uno de los mäs amargos tragos que impone la disciplina prescrita en el "Sagrado Manual del Perfecto Sabio Chirimbolesco."

Como que para ellas se imponen tres votos: pobreza, ridiculez è incomodidad. Y hay que cumplirlos y extremarlos todo lo posible.

Proyéctase una, por ejemplo, en la que ha de recorrerse media Andalucía, con objeto de visitar el Alcàzar de Sevilla, la catedral de Córdoba, la Alhambra de Granada, la Colegiata de Osuna, y el Castillo de Molares en Utrera, y fórmase el presupuesto de este modo:

Tren de tercera clase, por haberse probado en expediciones anteriores que para los hombres no despachan billetes de perreira, doce duros.

Gastos de hotel, se suprimen por innecesarios.

Propinas, no se dan.



Café y refrescos, no se toman.

Tabaco, vicio indigno de sabios.

Accidentes imprevistos, los prohíbe la Regla de la Sabiduría que profesamos.

Garbanzos indispensables para sostener la vida durante doce días, cuarenta reales.

Costo total de la expedición, catorce duros.

Y depositando este dinero con anterioridad, medida prudentísima que evita el que una capa se pierda entre caballeros sabios, allá van mis señores con su malletilla en la mano cada uno, pues la Regla también prohíbe tener fámulos, y entran en un departamento de tercera cuyos límites ocupan, uno gente menuda de coleta, y otro mujeres de rompe y rasga que acaso van de feria. Broma, desvergüenza y simpatía, establecen al punto sus corrientes salvando el cajón de los sabios que á las primeras de cambio se cargan de esteras y concluyen por echar pestes *sotto voce* contra la barbarie de esta sociedad incivil en que vivimos.

Llegados à la primera estación, salen de aquel infierno como perro con lata, y busca que te busca de un lado para otro, acaban por desperdigarse en un wagón medio ocupado por una cuadrilla de segadores que dormitan echados del mejor modo posible, unos desprendidos del calzado, otros al aire la pechuga, todos sucios y emanando de sus cuerpos una peste à bohío que no hay nariz que la resista.

Súfrese aquel trago turnando en pasar cerca de las ventanillas cuando se está à punto de la asfixia, y con aquel y otros recreos semejantes, se llega al primer punto de parada. ¡Qué estropeo se siente! ¡cuánto incomoda el polvo! ¡què ganas de lavarse! Un hotel; una pila de baño; una buena mesa. ¡Ah! todos estos placeres sibaríticos les están al sabio prohibidos, y pasito à paso y admirando al pasar, el que tiene alientos para ello, aquel mocho campanario ó los bardales de este corralón, llegan à un tugurio donde *se gisa de comer*, y allí descansan y hacen pruebas de fortaleza de estómago comiendo del ban-

quete sueñento que le dan, mediante el estipendio de veinticuatro cuartos por barba. El tesorero de la expedición suple los postres con la dulce nueva de que ha contratado camas á cincuenta céntimos, y allá van mis sabios en busca de castillos, iglesias, necrópolis, ruinas y paredones que admirar.

Y el que no ha comido por repugnarle ó no gustarle al menos, el guisote del mesón, ¡con qué gusto, con qué anhelo, sigue las indicaciones del sabio que los guía cuando les señala un arco, una cornisa, una columna, una puerta, una fachada, clasificando su orden arquitectónico y su estado de conservación! Dórico y jónico y mudéjar y bizantino, y abside y ojiva y patina y frescos arman tal barahunda en su cabeza, que al final no sabe lo que ha visto, ni se le da una higa de todas las arquitecturas del mundo.

De allí á otra parte, y á otra después, hasta la noche en que á las nueve se cena pan y queso, y enseguida á la cama, para levantarse tempranito y aprovecharla ma-

ñana visitando una ermita sita en las afueras.

Los sabios durante esas horas no sé en qué pensarán. De Juan Martín me consta que, pese á su buena voluntad, la imaginación le mortifica recordándole la succulenta mesa que, algunos horas antes, hubiera tenido en su casa; el rico moka que habría después saboreado; la plática afectuosa de un amigo en cualquier centro de reunión; un rato de buena lectura al recogerse.....

En fin: aquel martirio lo demanda la sabiduría.

Y se resigna, y se dispone á dormir.

A la cama, que la velilla de sebo apeseta más de lo preciso.

Pero no ha calentado el sitio, y... ¡siente un picor por todo el cuerpo....! No es picor; es que se halla mordido por miríadas de insectos que le obligan á saltar del camastro y sacudirse bichos, y refugiarse en el balcón. ¿En dónde le han metido?... ..

Por la sabiduría y por Dios á quien no niega, sufre aquello no sin sentir accesos

de echarse á la calle para aplacar su estómago y hacer su santa voluntad, de lo que ya tiene ansia viva; pero ser considerado hasta el exceso le contiene, y en el balcón permanece, más aburrido y contrariado al notar que hasta los cigarrillos se le han acabado.

Como lánguidas horas pasan los minutos, y desde su retiro escucha las batidas que se dan en los cuartos cercanos, así como el precipitado abrir de puertas y bajar la escalera, de algunos que en la comida no se pararon en pelillos.

Aquello es peor si cabe.

Amanece, y lo pasado no significa para los más sabios varones otra cosa, que una de las cincuenta mil pruebas que á diario se ofrecen del atraso de nuestro país. Los neófitos como Juan Martín suelen coger otro punto de vista, y hablando hablando del suceso y no sin advertir que pecan mortalmente contra la sabiduría, terminan por concertar una escapada para aquella noche, con objeto de cenar fuerte donde mejor se ofrezca.

Y alimentados con la esperanza de este crimen, oyen cómo el maestro en la ermita, dice "este frente es mudéjar," "aquella capilla del Renacimiento" y cómo el sacristán que nada sabe, le contesta á todo "sí, cierto, justamente," hasta que el sabio dice con solemnidad. "Levantóse esta ermita á mitad del siglo XV sin duda ninguna" á lo que súbito el sacristán replica aparte. "¡Para tu abuela; que data ahí su fundación, y es del siglo pasado. Si en todo has dicho la misma verdad...."

Juan Martin que esto escucha, duda de las actas de fundación, y del sacristán y de todo, antes que de los informes del sabio. ¿Un sacristán iba á saber más que aquel pozo de ciencia aunque lo atestiguaran documentos?.... Había que reirse. La ermita aquella que no tenía cien años, era del siglo XV. Lo dijo el sabio, y basta.

Repitiéndose aquí y allá episodios como los apuntados, pasan los doce días, y flacos y curtidos y demandando una buena jabonadura como los árabes al volver de la Meca, tornan mis sabios contentos y

felices, y aun rebosando júbilo si por dicha han hallado durante la excursión alguna cuchilleta vieja que puede pasar por lanza de la raza de Furfooz, ó un pedrusco cualquiera que *compruebe* la existencia del periodo terciario.

Si á esta condescendencia y bondad sumas se limitasen las pruebas que de su profundo amor por la ciencia dá á diario Juan Martín, aun se podría esperar en que tarde ó temprano recobrará la lucidez del sentido común que tiene oscurecida; pero ¡ca! Debe ser muy difícil su curación; porque tan enfrascado se halla en eso de la hechología y en los otros breñales de la ciencia nueva, que su bolsillo es quien paga la propaganda que con libros pretenden hacer los sabios carceleros de su alvedrío; él es el caballo blanco de las traducciones de don Antioco.

¡Pobre Juan Martín! Decididamente su curación se va haciendo difícil, por haber pasado á ser crónica la enfermedad. Pero reacciones inverosímiles se verifican, y un claro sentido y una excelente condición

como los suyos, pueden obrar milagros. Si  
acaece uno de estos, hay chirimbolo que  
va á Lima.







IX

DON ADULFO J. DE ZAMBUL



RACIA la de don Adolfo J. de Zambul! Lo demás es un cuento de camino.

Porque pasa con esto de los sabios modernos, lo que con otras muchas cosas: que los motivos de admiración y aun de simple extrañeza, van escaseando más que las monedas de cinco duros.

En punto á desaciertos, por ejemplo, después de haber visto alcalde de Sevilla á don Fernando Varea y Torrealba, ya para admirarse habría que presenciar cosas

estupendas y casi inconcebibles; verdaderas barbaridades.

Y lo mismo sucede respecto á la sabiduría.

Han alambicado ya tanto y han recurrido á tan extraños medios los aficionados al roce sabihondo, que para no ser un don Antioco, el cual se contenta con el reflejo de otros sabios, es preciso también hacer algo inconcebible; verdaderas barbaridades.

Verdaderas, ó falsas; con tal de que sean barbaridades, la cualidad importa poco.

Algo de esto sin duda debió asaltar la mente de J. de Zambul al ocurrírsele entrar en el vivero, y pensando y reflexionando acerca del tinte científico y literario con que le convendría embadunarse para pasar por sabio original, se debió de decir, al poco más ó menos:

—Uno de los medios de pintar allí la cigüeña, es el de escribir versos. Pero ¿qué pito voy á tocar escribiendo renglones de sílabas contadas? .... En primer lugar, no sé; en segundo lugar que aunque

supiera, después de haber escrito Corrales el canto rodado que tiene de repertorio, la fama de poeta peor, que es á la que yo podría aspirar dada la potencia de *minumen*, no la alcanzaría en este mundo ni en el otro; ni en América se entiende: yo no hablo ni puedo hablar de lo que llaman los antiguos "la otra vida"... Nada; por aquí no hay salida al erial de la sabiduría. Busquemos otra rampa...

¿Me doy á traducir?— siguió diciéndose después.— Esto sería más llano. Pero don Antioco y doña Joaquina Balmaseda tienen agotadas las obras francesas, y yo por otra parte no sé más lengua que la mía. Como no tradujera al romance los discursos de Pombal..... No me seduce.

¿Y el dárselas de cacharrófilo? Esto sí que es sencillo. Con las reminiscencias de historia antigua que poseo, en viendo las cosas con orín, esto es egipcio, esto es romano, esto árabe..... Casi estaba por decirme. Pero no, ¡qué demonios! que en cuanto los sabios así se vulgaricen, la reputación de don León Borrego y otros dio-

ses al simil, se vendrán por tierra..... Nada; no hallo forma.

.....¡Ah! Qué idea! — exclamó súbito Zambul, asaltado por una ocurrencia peregrina— Si,.... Jastamente..... Esa va á ser mi sabiduría. Una sabiduria por inoculación espontánea; ó mejor dicho, irremediable, fatal, debida á la influencia del medio. Quien con lobos anda, á ahullar se enseña, como dijo Darwin. Estaré con ellos, pulularé entre ellos, respiraré la atmósfera que ellos, me numeraré con ellos, y seré uno de ellos, pero por modo diferente que ellos. Si; porque ellos son sabios por procedimientos más ó menos vulgares, y yo seré sabio por contagio, por infección. ¿Y será esto fácil? ¡Oh, no hay duda. Todo se pega menos lo bonito.

Y sin duda no iba descaminado mi señor don Adolfo cuando se hacia estos razonamientos. Porque si á la hechología nos atenemos, ésta hoy pregona que J. de Zambul es un digno colega de don Ventura Núlitas, y otros plantones del vivero así de este calibre.

Con lo que está probado que entre la ciencia hoy al uso, y el virus rábico, no hay diferencia alguna.

Hétenos pues, merced al contagio con que de la llana de los simples mortales, ó de los mortales simples, mejor dicho, ha salido un sabio. ¡Otro sabio! Si recapacitando acerca de esto no se comprende la nombradía de Grecia. Tanta fama por haber tenido siete sabios, cuando aquí los tenemos en más abundancia que los alcornoques, y apenas si sabemos de la misa la media.

A seguir por este camino, hoy que la libertad del pensamiento está en candelero, y que cualquier zascandil que tenga la lengua un poco larga pasa por un pozo de ciencia, los sabios van à ponerse como los espárragos, al alcance de todas las fortunas. No hay que dudarlo. El que vea pasando por sabio à don Adolfo J. de Zambul, hombre que ni pincha ni corta, ni ata ni trasquila, ni vá ni viene à parte ninguna donde à saber se huela, no tiene más remedio que creer en ello.





X

## DON CARALAMPIO MOTA



u cariz es magnífico. ¡Oh! En cuanto á eso no hay nada que pedirle. El y yo estamos conformes en que el mundo, este mundo superficial y casi estulto que constituimos ignorantes y sabios, pierde una de sus futuras glorias con no fijarse en el busto de don Caralampio para hacerle molde de una estatua ecuestre.

Y digo ecuestre, por la grandiosidad de estas estatuas; pero en fin; como don Caralampio es de por sí y sin aditamentos lo suficientemente grande, si por ello se ha-

bían de encarecer los bronce, lo cual es muy posible dada su escasez, yo transigiría hasta con que le suprimieran el ginete.

Lo exigido por la justicia es que haya estàtua, fuera como fuere.

Porque, á decir verdad, no hay, ni en mi sentir es posible que halla sabio que la demande con mejores títulos. Hasta ahora se habían visto sabios pedagogos, sabios naturalistas, sabios prehistoricos, etc. pero no se había visto *el sabio-ómnibus*, ó hablando en clásico, *el pan-filó-sofó*, el que de todo entiende, y despunta por todo, y en todo mete baza. Lo de comulgar en las doctrinas de una escuela, ó dedicarse á cierto género de conocimientos, espone á rechazar sistemáticamente otras doctrinas, ó á pasar por ignorante al tratarse de conocimientos ajenos al orden en que se esté versado. Pues esto que es vulgar y corriente, se esquiva cultivando la sabiduría en pepitoria, que es el secreto que nos guarda don Caralampio Mota.

Con la aplicación práctica de este sistema, le he visto hacer prodigios. Cuando

la gloriosa federal, él arengó á las masas desbordadas, en los pueblos principales de una provincia extremeña; y de tal modo y con pericia tanta amalgamaba el Ripalda sublimado que ya tenia al dedillo por ser maestro de una escuela superior, con las eruptas doctrinas de los periódicos frigios que dió de sí la época, que en efecto: Jesucristo resultaba colectivista anárquico y federal pactista, enemigo del Imperio Romano contra el que mandó una cruzada al mando de su discípulo y secretario particular San Pedro el Ermitaño, para que, después de quebrantar su tiranía, predicase por el mundo la ley agraria, ley del reparto de campos á los pobres, y la ley *papia popea*, ley de la mujer igual al hombre, principios inmortales uno y otro, que han motivado todas las revoluciones del mundo, desde la de los esclavos en Sicilia hasta la de Septiembre en nuestra patria.

Terminó la sabatina republicana, y las circunstancias, ese poder tiránico que á tanto fuerza, obligó al señor Mota, no muy sobrado de ellas, á curarse de algo po-

sitivo, y hubo de cobijarse bajo el sol de.... Pavia y Rodriguez de Alburquerque, que había salido por Sagunto.

Desde entonces puede decirse que vegeta no obstante las dificultades que le ofrece el medio ambiente, y acumula savia para, si llega el día, fructificar. Y ha soñado con que le ofrecían ser consejero de Instrucción Pública, y ha rechazado la soñada oferta haciendo alardes de modestia; pero en seguida se ha ido al *Círculo Anarquista Obrero*, y allí ha desarrollado sus planes pedagógicos en conferencias tituladas *La Moral laica*, *Secularización de las escuelas*, *La Religión Natural*, y otras por el estilo. Como diciéndole al oferente de aquella canongia. ¡Chúpate esa!

Tal es de intransigente.

O mejor dicho, tal fué; porque después ha tenido misericordia de nosotros, y á más de aquellas conferencias que se perdían entre los rumores de la cháchara en boga, ha dado á la humanidad doliente, un libro de Moral.

“En un pueblo con moral,  
todo anda bien, nada mal.”

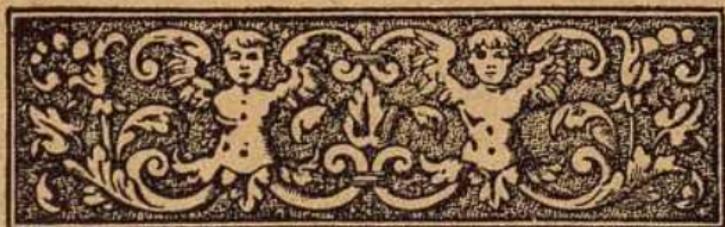
Esta aleluya de don Caralampio, sintetiza la tendencia última de su sabiduría. Digo tendencia última, porque ya no se acuerda del colectivismo ni del pacto social en que casi, casi ha coincido con él J. J. Rousseau, más que á ratos.

En este libro dice: “La moral es gimnasia para el espíritu al cual fortalece, y velutina rosa para el cuerpo al cual embellece. Un hombre moral es fuerte, arrogante, esbelto, gentil, estatuario, pensador peripatético ó que piensa paseando, hombre que no se precipita ni se altera.....”

En una palabra: un hombre moral es don Caralampio, cuyo retrato ha pretendido hacerse en aquellas líneas. Porque eso sí; pedagogo pesado lo será; pero presumido como el sólo, también lo es.







XI

FILIPO LABILIS



FRECEN las más extrañas anomalías estos sabios adoradores de la *Diosa Razon!*....

Todos los adelantos y descubrimientos de que daban cuentan las revistas científicas, hasta la existencia de la raza de Canstadt que Hamy y Quatrefages han fabricado acumulando infundios y revistiendo un sólo hueso hallado en un *oppidum* romano del valle de Neckar, todo se lo tragaba él como confites, y á nada le ponía reparo. Pero llegó la doctrina darwiniana asegurando que el hombre y el mono se confundían en un

mismo árbol genealógico, y esto á que era de presumir que Filipo le prestase inmediato asentimiento, dado que en el genérico *animalia*, por su picuda faz y léznicos bigotes, más cerca está èl del bogavante que del Apolo del Belvedere, le chocó extraordinariamente, y ni á tres tirones lo pasa-sa. ¡La razón! ¡Esa luz natural!... lo que constituye al hombre en el ser más perfecto de la Naturaleza..... ¡Imposible!

Pero la ley hechologica acudió en auxilio de la fé de nuestro sabio, y desapareció la anomalía. Creyó con el tesón de un mahometano, gracias á este hecho. ¡Oh, los hechos!....

El hecho fué el siguiente:

Un día vió que un gallo criado en terreno de albariza tenía las patas blancas, y de ello percatado y relacionando el fenómeno con la doctrina aquella, dijo con solemnidad, que es como los sabios dicen las cosas.

—¡La influencia del medio! Héla aquí comprobada. Luego ciertos son los toros del inglés..... De manera que somos, ¡no

protestes, razón! primos hermanos del gorila; es decir, unos monos: monos sabios los que sabemos algo, y micos y tities los.... neos.

Después que tuvo acaparada esta verdad, Filipino halló medios diversos de comprobarla.

Uno de ellos lo vió en lo tradicional del pueblo, en el que nada se pierde, en el que todo supervive.

El pueblo, sí, el pueblo sabía antes que Darwin lo dijera, que el hombre no es más que un mono transformado. ¿Cómo le llaman las madres á su hijos antes de que los pule la cultura? *Monísimo, monino, mono.* ¡Prueba concluyente!

¡Ah! Si todo el saber que el pueblo guarda enmohecido se limpiase y se evidenciase, ¡para qué más ciencia! ¡El pueblo, el pueblo! Una manifestación del espíritu del pueblo, uno de sus cantares debidamente apreciado, tira de espaldas á los siete sabios de Grecia:

“Cuando vengas á verme,  
ven boca abajo;

que así piensa mi madre  
que eres el grajo.

Después de las pajaritas de papel, una copla así de estas, era lo que en el pueblo más admiraba Filipo.

Porque las examinaba, y ¡veía unos portentos....!

En la citada, por ejemplo, hallaba todo esto.

1.º Cuán sutilmente discurre una muchacha à quien la madre contraría en sus amores. (*Psíquica.*)

2.º Medios que una pareja enamorada pone en práctica, para burlar à quien la cela. (*Mundología.*)

3.º Cómo las madres, sin duda efecto de la edad, no tienen, por lo común, muy buena vista. (*Medicina.*)

4.º Cómo los grajos son domesticables. (*Zoología.*)

¡Cuatro ciencias en una sola copla! A ciencia por verso. ¡Oh! los cantares!

Y quien dice cantares, dice cuentos, romances, mitos, supersticiones, juegos y creencias, todo lo cual se ha dado Filipo á

recoger con una actividad de hormiga digna de mejor suerte. Porque eso sí, trabajador..... No descansan ni el viento ni Filipo.

Y esta es su ciencia: una ciencia de orillos, recortes y forraje, que así mirada en bruto, no parece más que una alcahofera; pero después de comida y digerida por los sabios, da de sí mucho sucus científico.

Esto dicen ellos, que por ser sabios, tienen motivos sobrados para saberlo. Pero, salvo su testimonio, ni antes ni después de la manufactura científica deja el forraje aquel de ser un pasto indigerible, y sólo y exclusivamente de una manera pueden aderezarse los zurronecos materiales de esa pretendida ciencia que cultiva Filipo con general aprovechamiento de..... las fábricas de papel continuo.

Este aderezo es el mismo que requiere la ensalada de pepinos para no ser indigesta. Te daré el récipe, lector; que aunque ya los pepinos se acabaron, como los sabios duran todo el año, puede serte de al-

guna utilidad en estos tiempos que alcanzamos.

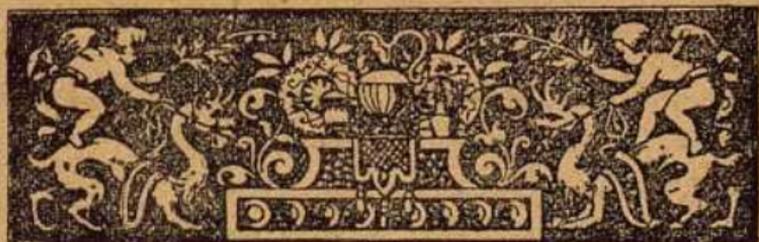
Hèlo aquí.

Tómanse los sabios, digo los pepinos, al oscurecer, y se pican muy menudamente; enseguida se les echa sal, aceite y vinagre, y se dejan reposar toda la noche; y al dia siguiente, apenas levantado, se cogen y se tiran por la ventana.

Una cosa así hay que hacer con la sabiduría de Filipo y otros sabios afines.

Y ganaría mucho la ciencia.





XII

TRUJACHO



ELLO ahí: en *El Posibilista* que ha tenido la debilidad de publicarle sus insípidas lucubraciones.

¡Pobre sabio! Sin duda se halló retratado en una de mis pinturas, y amigo y partidario de las tendencias y doctrinas combatidas en estos artículos, ha empuñado la péñola, y sin más ni más se ha puesto à escribirme cartas y más cartas, de cuya lectura no he sacado hasta ahora ni espero sacar en adelante más sustancia que el regro del sermón: tales son ellas de insustanciales y desabridas.

Vamos, Señor del Feo Nombre ó de Trujachó: venga acá y dígame por su alma pecadora de micrófilo:

¿Quién le ha engañado á usted?

Porque es indudable; usted ha sido víctima de un manifiesto engaño.

O de dos, mejor dicho.

Porque sin duda le han hecho entender que con sus cartas, llenas de bazofia, contrarrestaba usted el lisonjero éxito que estos mis artículos vienen obteniendo, y ha contribuido, aunque poco, porque usted científica y literariamente puede poco, á que sean más buscados y leídos. Ya ve usted.

É igualmente le habrán persuadido de que en la clase de sabios por mí fustigada, estaba usted, que podía dar gallardas muestras de la mucha valía de la clase, y con esas cartitas faltas de sindéresis, ha probado usted que... los sabios se pican; no que valgan más que una copla.

Así que visto su fracaso, para á mí inevitable dado el barbechal en que se ha metido, yo le llamaría á usted infeliz.

Pero no se lo llamo, para que no diga Borrego que le copio en sus juicios sobre usted.

Le llamaré..... le llamaré Trujacho, nombre que no me gusta por aconsonantar con mamarracho; pero puesto que ha sido elección suya, lo que cantaba el otro:

Tú lo quisiste  
fraile mostén,  
tù lo quisiste  
tù te lo ten.

En fin, señor de Trujacho: sepamos antes de pasar adelante, qué se ha propuesto usted con dirigirme esas cartas. ¿Tener el honor de que yo las conteste?

¿Y cómo lo he de hacer si usted no dice nada en ellas, como no sean pamplinas?

Si, hombre; confiéselo usted, que no se lo llevaré á mal; y sobre todo, no lo sabrá nadie.

Su intención habrá sido la mejor del mundo; yo lo creo. Pero aquí no puede decirse "con la intención basta."

Hay que verificar, hay que hacer cierto. Y usted no lo sabe hacer.

Charla que te charla como un descosido se pasa usted las horas muertas, y ni aun acierta á dar una en el clavo y ciento en la herradura como el prototipo del que yerra, sino que da una en la herradura y cierto al aire.

Quiero decir, señor de..... de aquello; nunca me acuerdo de su nombre; quiero decir que sus dichosas cartas no tienen fondo alguno; y si al menos tuvieran forma, una forma brillante, literaria, de gusto, ya servirían siquiera para compararlas con el burro aquel de la fábula de Iriarte; aquel burro de los atavios lujosos, que luego tenía el lomo,

“Asaz mal ferido  
con dos mataduras  
y tres lobanillos.”

Pero nada; ni eso. Una poca de baja erudición y algo de lecturas no bien digeridas, es lo que en ellas se releva, con un afán desapoderado por el empleo de frases hechas, que ni sabe usted usar, ni ese es el camino de Marchena, señor de folk-lorista.

¿Quiere usted ver jugar con frases hechas?

Pues oído á la caja.

Hay en el vivero un alma de Dios tan bueno como el pan, que por fas ó por nefas, es el que en los batiburrillos y tiberios que ponen entre merced y señoría el cielo encantado de los pozos de ciencia, paga siempre el pato, y se las traga todas, buscando siempre el infeliz tras de la tempestad la calma, para que á cada triqui-traque no se arme la de San Quintín y se echen á rodar los bolos y se de un escándalo mayúsculo.

Y no es porque él tenga la sangre de horchata y una pasta que ni de almendras. ¡Cà! Tiene su alma en su almarío como uno, y el día que á él se le ahumara el pescado y dijera ¿qué va aquí jugado? veríamos toros y cañas.

Lo que tiene es que él no acostumbra subirse á la parra ni gusta de ponerle el paño al pùlpito, porque eso de soltar la maldita y ponerse de vuelta y media ó ve-

nirse à las manos, es cosa que no entra en sus reinos.

Y ahí está el belén. Esa es la cara de pocos amigos que nos da en el rostro, y en la que el menos avisado lee à cualquier hora:

—¡Hum.....! La procesión va por dentro.

Porque da en la nariz que si aquel no ha pisado mala hierba, tiene la masa hecha vinagre, y revuelta la hiel, y está à punto de volársele el frasco.

¿Sigo, novel Castro y Serrano?

No; que para muestra basta un botón y cálamo corriente como están escritas, ellas son una botonadura entera.

Conque quedamos, señor de Trujacho, en que sus epístolas no tienen fondo ni forma, y por ende son tontas.

A las veces he visto en ellas apuntada, nada más que apuntada, la idea de que son malos mis escritos. Y aunque por tales yo los tengo, y nunca se me ha ocurrido defenderlos, por si aquella idea abriga y se le ocurre el exponerla, tenga presente, por

lo que convenirle pueda, que autógrafos suyos hay en donde usted dice lo contrario.

*“Al señor don Pedro Sanchez, excelente, novelista y castizo escritor, en testimonio de consideración.*

*Daniel G.<sup>o</sup> Trujacho.<sup>4</sup>*

Esto ha firmado usted con la sola variante de que las letras de la firma estaban combinadas de tal modo, que en ellas se leía el nombre de un capitán famoso y un apellido francés, nombre y apellido que usted tiene en el padrón municipal.

Con que á su juicio dejo las consideraciones consiguientes, y voy á terminar dándole un consejo.

Que no se meta usted á desfacer entuerros; que deje á cada cual sacudirse las moscas como pueda, y que á quien Dios se la dió, San Pedro se la bendiga.

No por nada; sino porque no le da á usted el naípe por ahí; porque anhela usted el abarcarlo todo, y con tal proceder sólo se consigue lo que á usted sucede: que parece destinado á llegar al borde y no beber.

Con que à ella; à su folk-lore si todavía le posee la chifladura esa, y à aguantar su palito, cuando se lo den, ya que aspira à pasar por un sabio por y hombre notable.

Porque los que escribimos ó por algo figuramos, pertenecemos al público en tal concepto.





### XIII

#### (REMATE)



NUTILMENTE.....

¡Bah! Iba yo á parodiar ahora á Periquito Castañas, que sería lo mismo que parodiar á un mono sabio que no supiera de nada.

No es ese mi objeto..

Decia ó iba á decir, que inutilmente me afano por hallar nuevos sabios cuya pintura hacer. Por más ojeo que hago, no encuentro un sabio más ni para un remedio, que es como decir ni para un artículo.

Sabios, por supuesto, de esa laya especial que da carácter al vivero este; que de

otra, si que los hay á porrillo. Pero no hagamos lios.

Para amalgama indigerible, ya están ahí los fusionistas y los discursos de don Caralampio Mota.

Contentémonos con esta especialidad por hoy, y dejemos á los demás para otra hornada.

¡Ea! Manos á la obra.

¿Pero á quien recurrir si esto se ha agotado ya)

*Hic opus, hic labor.*

*U hoc opus, hic labor*, como dice Fray Alacrán, que ha olvidado el latin desde que se ha metido en arreglar obras de infieles, no obstante de su hidrófoba ortodoxia.

*Hic ipus, hic labor*, que quiere decir. para que lo entiendan Borrego y Compañía, aquí está la dificultad, óese es el punto del busilis.

Si el mencionado fraile fuese realmente del vivero, con trazar á grades rasgos su silueta científica ó literaria, que por ambos la pinta, ya estabamos del otro lado.

Sobre todo con la segunda. ¡Oh! Es un rabadán literario de primera fuerza.

Yo creo que de haberse dejado llevar de sus inclinaciones, hubiera sido mariscal; porque.....

Sin ir más lejos, no hace mucho que incitando á un periódico á una polémica para una vez aceptada por este, darse el chavacano gusto de soltarle palabrotas, presumia de haberle puesto el dedo en *la matadura*.

Como si el periódico aludido hubiese tenido algo que ver con la familia del malogrado albeitar.

Y así como este, tiene otros muchos rasgos que le dan toda la fisonomía de un jayán, por lo que vendríanos que ni pedrada en ojo de boticario para proseguir esta serie.

Pero ya lo he dicho: Fray Alacrán no es realmente del vivero: se halla en lo que prodriamos llamar el extra-radio, y no hay para qué proceder como la antipática ley de consumos.

Volvámonos al centro.

Donde ahora veo á don Basilio Cónca-vo, joven asentista como le han llamado porque asiente á todo, el cual podría también servirnos, si esto de replicar á todo amén fuera en los sabios de la hechología tan vulgar como Corrales mal poeta.

A propósito de poetás.

Cóncavo le hace versos á los amigos que fallecen, y no se si á las amígas que se casan. De estos no he visto ninguno; pero de aquellos, de los mortuorios, ¡Oh! recuerdo de unos que son notables.

*Lo que es la vida* era el título de este disparo fúnebre de don Basilio.

Y en el encabezamiento de él, se leía todo esto.

#### LO QUE ES LA VIDA

*A mi querido y estimado amigo don Ramón Gadea, con motivo de la "irreparable" muerte de su bella y virtuosa hija Lolita Gadea y Carranza, que murio á los siete años y medio de tabardillo mal curado en casa de sus padres, Baratillo 30' el dia 5 de Mayo de 1887, á las cuatro de la madrugada.*

R. I. P. A.

## SONETO

¡A-ja-já! ¡Soneto!—repetí yo al leer lo que antecede—Bueno es que usted lo llame así, por si luego no resulta.

Y en seguida pensé.

¿Qué demonios va á decirnos ya don Basilio en el soneto, si todo lo ha dicho en el epigrafe, rótulo ó dedicatoria?

*A mi querido y estimado amigo.....*

¡Vamos! Ya sé.

En el soneto va á explicarnos las anfibologías y faltas de lenguaje. En el soneto va á demostrarnos que hay muertes *reparables*, y va á poner en claro si la bella Lolita murio “á los siete años y medio de tabardillo” como textualmente dice, ó á los siete años y medio de edad, como es de presumir. En el soneto va á poner en claro qué fué lo ocurrido en casa de los padres de Lolita; si el tabardillo fué allí mal curado, ó en ella residia en vida la difunta. Vamos á leer; que ya siento curiosidad por saber todo esto.

Y lei. Pero...

¡Ay, mi don Basilio!

Ni eso, ni siquiera eso se hallaba en el soneto.

Antes bien, las dudas aumentaban. Porque entre otras simplezas de mayor calibre, don Basilio decía.

“Le compadezco á usted cuando vería su espíritu volar hacia la altura.

—Lolita adios; me robas la ventura —  
Poco más poco menos le diría“

Poco más poco menos disparatado que esto, es todo lo demás del soneto, que para tenerlo todo bueno, hasta tiene trece versos.

Por lo que yo, salva la opinión de don Antioco para quien todos los versos son iguales, pues todos le huelen á soldaditos de plomo, caballitos de cartón, y otros juguetes infantiles, creo que don Basilio no merece como poeta la atención de las gentes.

Y como científico tampoco; porque su ciencia es tan escasa, que toda la encierra el estribillo este:

—Sí, sí; Estamos de acuerdo.

Y es inexacto; porque don Basilio no tiene ni sobre qué acordar.

El joven Romo de Cholla es otro que tampoco me sirve, aun cuando para muchos tiene el mérito de ser la antitesis de don Basilio. Es decir, que como éste á todo asiente, aquel no está nunca conforme con nada, ni denada se convence ni á tres tiro-nes.

Que está en el mayor de los errores y se le hace ver así.

Pues sigue tan campante en sus trece, y ni el moro Muza le apea de su burro. El sale adelante con decir.

—No estamos de acuerdo. Yo sobre esto tengo mis ideas.

Y “mis ideas” son siempre las del último con quien haya hablado, si no está todavía delante, en cuyo caso las guarda para mejor ocasión.

Echadas á perder, por supuesto; porque si las reprodujera con fidelidad, fácil sería que se diera el caso de que una vez se hallasen de acuerdo con alguno. Pero esto está por ver. Es el eterno discrepante.

A lo que don León Borrego que la yerra en todo, llama tener ideas propias.

¡Y tan propias!

No se las disputa ni se las admite nadie, con que figurense ustedes si serán propias.

Entiendo pues que ni á este ni á otros pobres zánganos por el estilo, debo darles la alternativa de sabios, aun cuando estén en el vivero. Son sus jaramagos, no sus plantones.

Por lo que voy á poner punto á este rebusco, y á rematar este artículo, como Sagasta las legislaturas: de cualquier manera.

Anunciando á ustedes, por ejemplo, que á Trujacho se le han quitado ya las ganas de escribir.

Por lo menos para el público.

Salió ahí queriéndoselas dar de tres y traza; le apliqué la dulce y suavísima somanta del artículo anterior, y como con la mano. No ha vuelto por otra.

Débese también á estos escritos, que el astro-rey del vivero, don León, vulgo Mikado, esté sufriendo una crisis de pla-

netas, y satèlites, que ni la crisis monetaria.

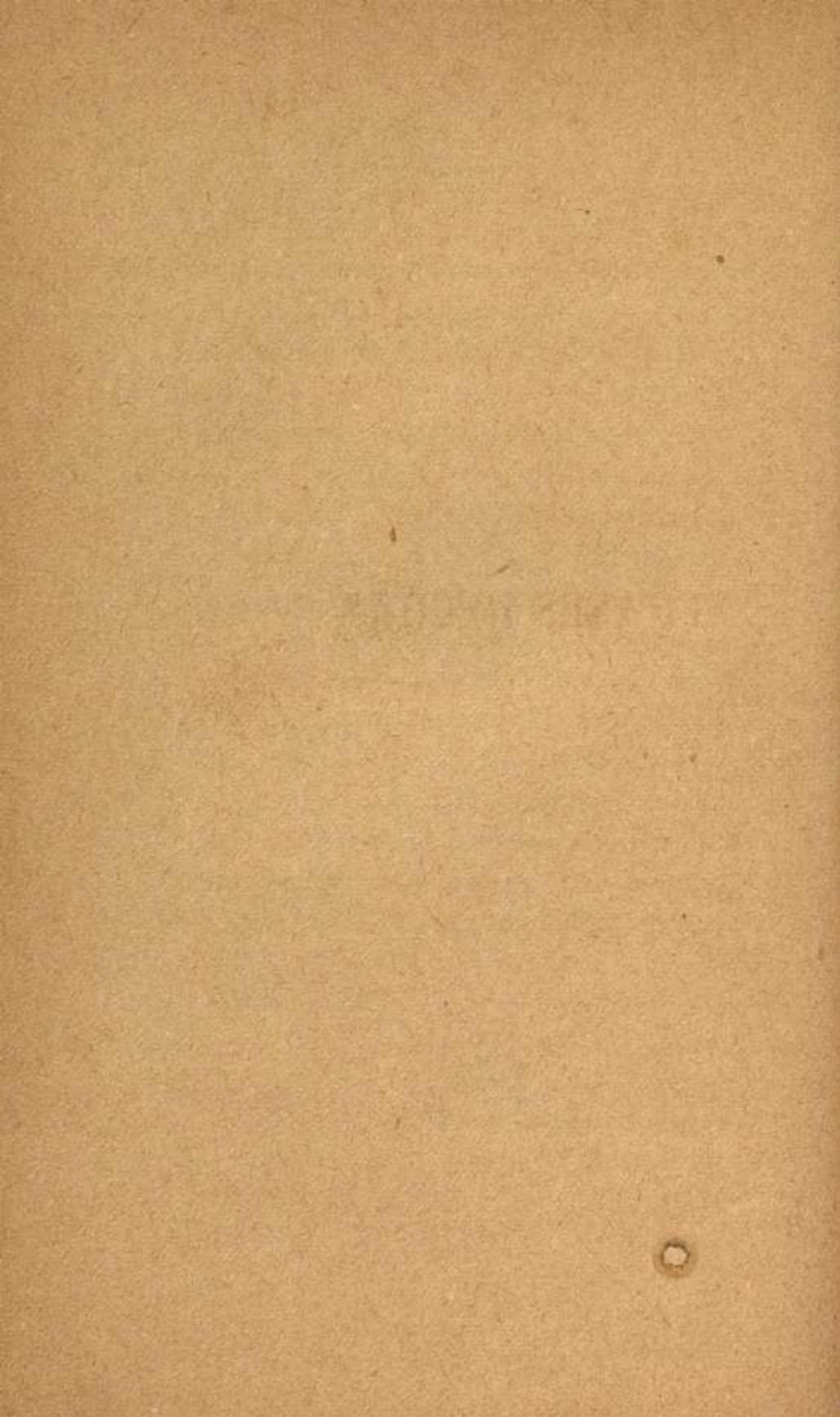
Creo que se halla cerca de uno de esos eclipses que le ponen al habla con Broca y Quatrefages.

Me felicito de ello, porque veo que aqui no es difìcil acabar con los adoradores de la carne de tonto. Basta, para conseguirlo, con tener el valor de desafiar los juicios y los odios de alguna pobre gente que, ó no sabe lo que se hace, ó á lo mejor se decide á darnos la razón.

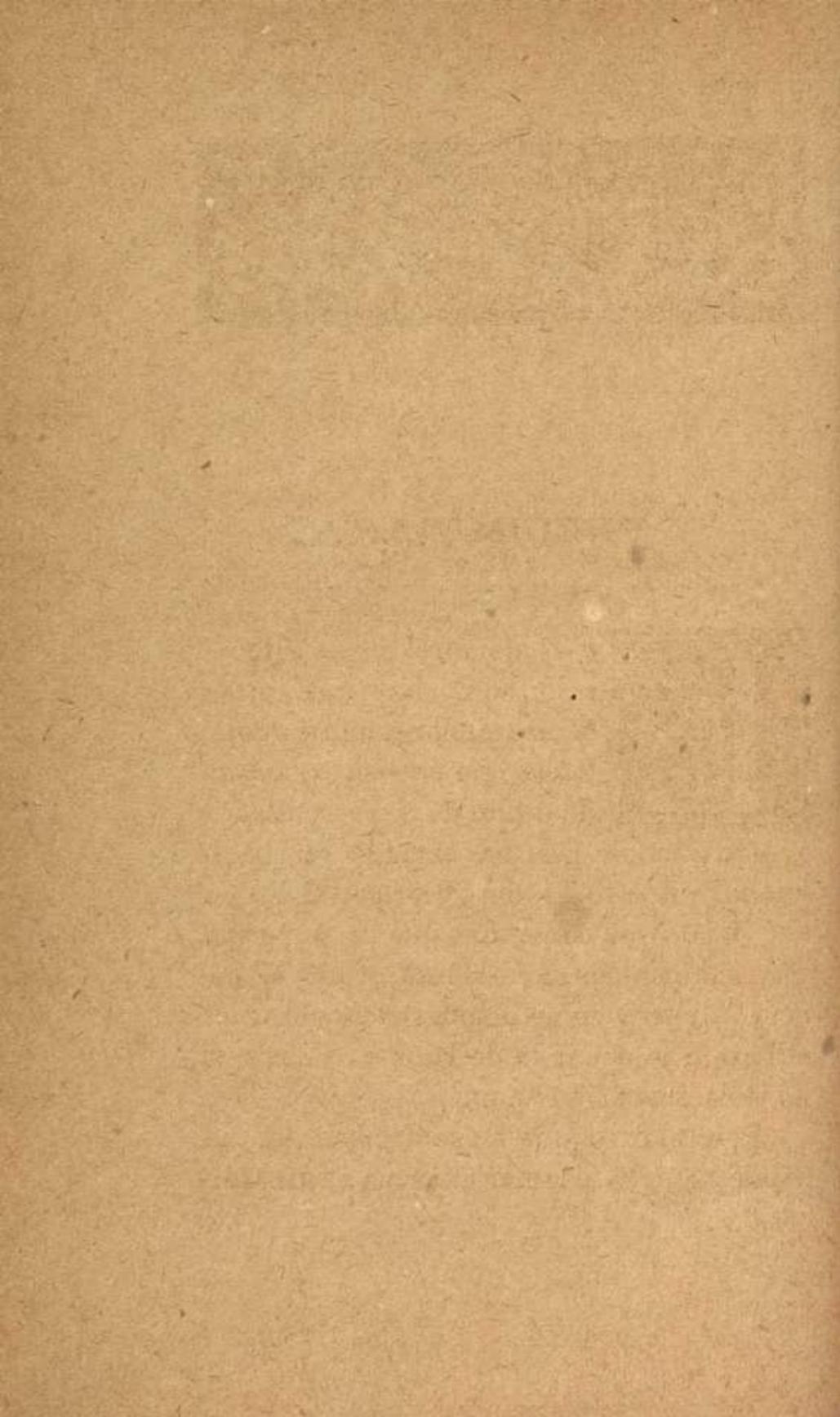
En esta grey forma la abortada falange que se ha abrogado aquí toda representación científica y literaria, sin título ninguno por el que merezca respetársela.

Es, pues, esta que va á acabar aquí, una obra de restitución.





FRASES HECHAS





I

PRELIMINAR



o de siempre, como dijo el otro; aquí hay una mano oculta que pretende no dejar títere con cabeza, y, sacando á uno de sus casillas y al otro dándole pié, ha armado tal barahunda, que esto es una guerra civil.

Uno, que sabe más que la regencia, trae sus papeles al corriente, y, con el mazo y la porra viene dispuesto á cobrarnos el barato y armar la de Dios es Cristo, si no le decimos á todo amén.

Pero el otro, que no se duerme en las pajas y quiere arrimar el ascua á su sardi-

na, grita que aquellos son papeles mojados, como quien dice, letra muerta, y que allí no hay quien le ponga el cascabel al gato, sino él. Y henos aquí que salimos de Scila para entrar en Caribdis, porque Tírios y Troyanos se han puesto de monos y andan poco menos que á la greña y enseñándose los dientes.

Ya se ve, somos hombres de peso, y, como quien á buen árbol se arrima, buena sombra le cobija, ambos quieren que le demos la contenta; que así como así, no es oro todo lo que reluce, y por un triunfo se pierde un juego. Mas nosotros, ni por esas; olemos la tostada como perro viejo, y aunque se queme la casa, no dejamos la partida, que á río revuelto ganancia de pescadores y más vale un toma que dos te daré.

Por consiguiente, á nuestro avío, y viva la Pepa, que no hay más cera que la que arde y el que venga detrás que arree. Ni al vado ni á la puente, sino en medio como las rosas para verlas venir, haciendo nuestro agosto, y luego con armas y bagajes, arrima-

nos al sol que más calienta. Que la Academia dice que ella es quien lleva la batuta; pues sí señora; usted es la que puede levantar el gallo, sacar la carreta del pedregal y meter en cintura á tanto desca-misado; por consiguiente, nosotros con usted á partir un piñón, mande usted la que guste y tal y tal.

Con este dedito de miel la dejamos más oronda que un pavo, y en cuanto vuelve la espalda, si te vi no me acuerdo, que el otro es mozo crudo y hay que darle en la tecla, porque suele tener malas pulgas, y es muy capaz de dejarnos por puertas más pronto que la vista.

¡Bah! le decimos al uso. Aquello es una grillera que dá mucho ruido y pocas nueces, y como la espada de Bernardo, ni pincha ni corta; quiere ser este mundo y el otro, metiéndose donde no la llaman, y no ve tres en un burro y la capa arrastrando Nada, hay que enseñar los puños y cortar por lo sano. La Academia no es quien.

Y así, bonitamente, poniéndola como ropa de Pascua, nos colocamos en buen lu-



gar y ponemos al uso más suave que un guante.

Porque, no hay que darle vueltas; aunque se mire por tela de cedazo, no es menester calzar muchos puntos para ver que en cuanto dejemos el ten con ten y queramos jugar á cartas vistas, tira el diablo de la manta, se descubre el pastel y hacemos una plancha que nos deja más feos que Picio.

La Academia es un pozo de ciencia que se devana los sesos por que cada palo aguante su vela, y hay que andar con piés de plomo para no encontrarnos á la vuelta de un dado con el agua al cuello. Y si es el uso, tiene tres bemoles, y así de golpe y porrazo nadie se le sube á las barbas, porque el día que él eche por el ataje y diga después de escupir por el colmillo "sèpase quien es Calleja," ya podemos echarnos á temblar en el punto y hora que nos aprienten un poco para que demos rinda suelta á la sin-hueso.

Y después de todo, tendría razón; porque, mirándolo despacio y dejando á un

lado escrúpulos de monja ¿ à nosotros qué nos vá ni nos viene con que se hable así ni asado?... Ni un pitoche. Somos caballos de buena boca, y debemos decir "ancha es Castilla" antes que se nos caigan los palos del sombrero y no podamos sacar los piés de las aguaderas. A lo que priva, viva el rumbo y esa es la mia. A lo que ya va de capa caída, si te vi no me acuerdo.

Y adelante: que ya sabemos que el último mono es el que se ahoga, y que tales vueltas da el mundo, que lo que ayer era este mundo y el otro, hoy es la nada entre dos platos.

Conque lo dicho: ni con el uno ni con la otra; sino con todo, que esa es la fija y el que sea tonto que estudie.

¿Gramática? Bueno hombre ¿dónde va uno sin ella? Es como el comer.

¿El uso? ¿Frasas hechas? ¡Por María Santísima! Eso es pan comido. Sin ellas à morir.

Y punto final.

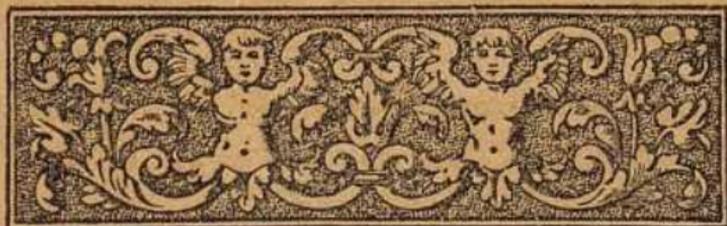
Esto es lo que hay à ciencia cierta de esos que llaman caprichos de la lengua. Lo

sé de buena tinta, y para que lo pruebes y pasar el rato, voy á hablarte de algunos.

Vuelve la hoja.

Mejor dicho, pasa al frente.





## II

### UNA PLANCHA



DESDE que hemos sabido que el que no llora no mama, y que quien lengua tiene, á Roma llega, es cosa vista que andamos quitándonos la palabra de la boca, y por menos de nada soltamos la tarabilla y enjaretamos un discurso de cajón para encajárselo al primero que llegue.

Aunque sea hablar por hablar, hoy por hoy, la cháchara es la que priva; y hombre que tenga dos dedos de frente y sepa darle cuerda á la maldita, y vea un poco

largo, ya puede echarse á dormir, que la fortuna llamarà á sus puertas.

No hay que pararse en tiquis miquis ni cortarse por nada, que el pensamiento libre está en candelero, y con una de cal y otra de arena, la gente sale con las manos en la cabeza y nos pone en los cuernos de la luna, haciéndose lenguas de nuestro saber. Y si con lo que se nos viene á la boca podemos cortarle un sayo al más pintado, miel sobre hojuelas; que soltarle á uno el toro cuando venga á cuento, decirle al más alto las tres verdades del barquero, y mentarle la madre aunque sea al *Sursum corda* á cualquiera le gusta más que el comer y todos son capaces de vender la camisa por ver á otro encueros.

Ahora, como aquí nadie se muerde la lengua, y el que más y el que menos tiene su alma en su almario, cuando menos lo piense, puede también uno dar con la horma de su zapato, hallando quien le zurre la badana y le ponga las peras á cuarto. Pero estas son quiebras del oficio; todo no ha de ser llegar y besarla durmiendo, que

donde las dan las toman, y ese es el mundo.

Así, verbi-gracia, que un día de la semana, con un cierto aquel, mucho desparpajo y más fresco que una lechuga, se mete cualquiera á arreglar el mundo, ó á embolismar á otro metiéndole bolas como templos, ó á decidir un caso peliagudo con un golpe de gracia. Juzga que el asunto viene de perilla á su propósito, y retozándole la risa por el cuerpo y ya con el gusto en los labios, porque, para su capote, allí queda bien, echa mano á contarle una historia con puntas de romance. Punto y seguido, el otro que no tiene pelo de tonto, y que ya se ha tragado la pildora, comienza á sonreírsele en sus barbas, le oye como quien oye llover, y á la fin le corta el resuello diciéndole, poco mas ó menos.

—¡Aaáh! ¡Plancha!

Y esta palabrilla que tiene á primera vista aires de inocentona, cae sobre él como jarro de agua fría y le deja suspenso, por que así al pronto no le vé la punta.

Lo cual que no es cosa del otro jueves,

porque esa *plancha* traída por los cabellos, y sin qué ni para qué viene oliendo á hierro viejo, y ¡qué demonio! ni él ha machacado en hierro frío ni quedó para eso.

¡Pero bah! se equivoca de medio á medio, y está como en vilo, porque no sabe lo que se pesca ni ese es el camino de Marchena.

La *plancha* aquella viene pregonando títeres y aunque no le haga maldita la gracia, se ve bailando en la cuerda y haciendo el ridiculo ache.

Esa es la fija sin quitar ni poner punto ni coma; porque el otro está al cabo de la calle, le ha visto venir, y le ha parado los piés, haciéndole cantar la gallina.

Y más corrido que la chula porque ha ido por lana y vuelve trasquilado, quiere ver el hombre qué bicho es un lobo; que así como así, él lo hila muy delgado, hasta lo fuma en pipa cuando á pelo viene, y á nadie se le tapa la boca con una salida de pié de banco semejante.

—¡*Plancha!*..... ¿Qué demonio es *plancha*? ¿Estamos aquí entre lavanderas, ó

nadando en la orilla, ó esto es un rompe-cabezas?

Y es que al verse cogido entre puertas, casi con las manos en la masa, se le ha ido el santo al cielo y no cae en la cuenta. Porque esta *plancha* está diciendo "comedme" por lo bien puesta, y viene á sus infundios que ni de encargo, y como anillo al dedo. Esa *plancha*, dice muy alto, que no hay que sacar la pierna más allá de la sábana; que al que se pavonea por el llano, luego se le trenzan las piernas resbaladero abajo, y en fin, que hay que estar siempre con un pié en el estribo y no dormirse, pues á lo mejor nos pillan en un renuncio, y adiós mi dinero. Ni la Caridad nos salva de vernos colgados como racimos.

Y entonces, por los suelos; la *plancha* nos aplasta.

Porque no hay que darle vueltas, ni hacer aspavientos. El que no sabe lo que se pesca y el que ignora con qué bueyes ara, *está en plancha*; y estar en *plancha*, es lo mismo que estar en berlina, esto es:

haciendo el oso. Con que ya puede poner piés en polvorosa y escurrir el bulto; que él puede ser esto, lo otro y lo de más allá; pero la capa no parece, y á la gente se le ríen los huesos.

Así, que andarse con piés de plomo, y no soltar prenda ni por las ánimas benditas; porque á lo mejor, *una plancha*.





### III

## La Procesión vá por dentro



QUI hay desde luego un alma de Dios tan débil como un carrizo, nacido para sacristán de amén ó cura de misa y olla, y á quien todos han cogido el pan debajo del sobaco, porque el pobrecillo no es ningún Alejandro que digamos.

Y hay tambien tres ó cuatro mozos de rompe y rasga que la tienen tomada con el otro infelíz, y no lo dejan, ni á sol ni á sombra.

No hacen buenas migas, ¿què han de hacer? y para que no se arme la de San

Quintín á cada triqui-traque, (porque esto sería echar á rodar los bolos y dar un escándalo mayúsculo,) aquel desdichado se las traga todas, y con la paciencia de un santo, deja correr el tiempo aguardando la calma tras de la tempestad.

Mas no es porque tenga la sangre de horchata y una pasta que ni de almendras, ¡cá! tiene los pantalones muy bien puestos y el dia que á él se le ahumase el pescado, habriamos de ver toros y cañas; ¡ya lo creo! porque eso de estar dale que dale y erre que erre, un dia y otro dia, saca de sus casillas al más templado.

Lo que tiene es que él no acostumbra á subirse á la parra, porque eso de soltar la maldita y ponerse de vuelta y media ó venirse á las manos, es cosa que no entran en su reino.

Y ahí está el belén. Esa es la cara de pocos amigos que nos da en el rostro y en la cual lee cualquiera, aunque le estorbe lo negro, lo siguiente:

—¡Guarda Pablo! *La procesión va por dentro.*

Porque dá en la nariz que corren malos vientos y podemos ser los llamados á pagar el pato: que tanto va el cantarillo á la fuente que á la fin se rompe.

Lo que vaya de una cosa á otra averigüelo Vargas; porque mirándolo despacio, en la procesión de menos campanillas, hay su poquito de canto-llano, luces por aquí, luces por allí, zahumerios por arriba, zahumerios por abajo, y ostentación y lujo á derecha é izquierda; total, que se echa la casa por la ventana y se aparenta más de lo que es; aquel por el contrario, vengan las que vinieren, se da un punto en la boca, y ni por nada ni por nadie sale de su paso; está siempre como los santos en Francia, y hasta si lo apuran mucho nos enseña la risita del conejo y una cara de pascuas que ni la de un bendito.

Nuestro hombre será, pues, un puchero hirviendo, pero de procesion maldito lo que tiene. ¿Dónde están las luces si él todo lo vé negro? ¿A qué Dios ni que santa Maria ensalza si al mejor me lo pone que no hay por donde cojerlo? ¿Qué boato es ese,

si él todo lo guarda en el fondo del arca?

*La procesion vá por dentro.* El gramático más avisado se pondrá, en cuanto Dios amanezca, de veinticinco alfileres, y de prisa y corriendo se meterá en la iglesia tratando de cojer sitio para pescarlo todo.

Porque en buena lógica, *procesión* significa séquito, lujo, ostentación y práctica religiosa; y *por dentro*, que no estamos en la del rey ni á los cuatro vientos, como el otro que dice. Pues, sin embargo, yo desafio al más pintado á que sacando fuerzas de flaqueza invente una frase que pueda mirar á esapor encima del hombro; que aunque haga el diablo á cuatro, saldrá de su empeño como perro con maza.

Y es que salta á la vista que la *procesión va por dentro* es un capricho de la lengua, que también se permite echar su canilla al aire de cuando en cuando, y, sacandolas del costal, nos pone en la palma de la mano fórmulas tan á remacha martillo, que á los filólogos de más talla los deja tamañitos y pegados á la pared.

Procurar meterla en cintura, sería predicar en desierto, que ella se echa el alma á la espalda, y aunque le digan perro judío, no da su brazo á torcer, y se calla la boca y se hace el sueco aunque se le chille, alza que te han visto, viéndose el pié de que cojea.

Tiene mejor cuenta creerla á pie juntillas, porque después de todo, ella tiene àngel, es alegre de cascos, y, aunque no ha inventado la pólvora, lo que es para estos casos, se pinta sola, y los diparates de à folio con que se descuelga, cobran más fama que Barceló por la mar.







IV

AL PELO



UY docta y todo lo que usted quiera, sí señor; pero cuanto más y mucho, ello es es lo cierto que la Academia ni ata ni trasquila en esto de hacer de la lengua mangas y capirotos, y aunque tenga más autoridad que un intendente y gaste más fantasía que don Rodrigo en la horca, no tiene más remedio que seguir la corriente y tragar saliva, sin meterse à decir si fueron verdes ó fueron maduras, que aquí es el uso quien tiene la sartén por el mango, y cuando el uso hinca pies en pared y dice, aquí que no

peco, bien puede contestársele, por ahí te pudras, que no se moverá si lo hacen tiras.

Pero la Academia sigue en sus trece y haciéndole daño que se hable á ojo de buen cubero y, como quien dice, de bóbilis, bóbilis, sin orden ni concierto, se nos viene diciendo:

Toma ese diccionario; con que lo tengas un tanto al dedillo, podrás hablar claro como el agua y echar tu óbolo en el platillo de las conversaciones de puerta de calle, como cualquier hijo de vecino.

Y se queda tan fresca, creyendo haber puesto una pica en Flandes, cuando en realidad nos ha soplado gato por liebre: que no es menester abrir ni cerrar ningún libro para ver como dos y tres son cinco, que su diccionario se queda en pañales y su gramática no sirve ni para decir cuatro frescas al vecino de enfrente.

Porque no hay que darle vueltas; á la lengua no se la mete en cintura, aunque se aten todos los cabos; y el que en este berrengenal quiera ponerle el cascabel al ga-

to, se hará un lío de mil demonios y saldrá por los cerros de Ubeda, como el que ha oído campanas y no sabe donde.

Se aprenderá la gramática de *pè á pá*, repasándola toda *cé por bé* y se meterá el diccionario en la cabeza ó entre pecho y espalda. Pues así y todo, á la vuelta de un dado se encontrará de *manos á boca* con una frase de cartel, que lo dejará *in albis*, sin ver la tostada y con un palmo de narices.

Por ejemplo: que llega una ocasión en que habiendo puesto los puntos sobre las *ies* y estando bien tomadas las medidas, la cosa se nos viene á las manos, como á pedir de boca, poniéndonos alegres como unas pascuas; á cualquiera se le cae de los labios esta frase, que, aunque no sea ningún arco de iglesia, ni mucho menos obra de romanos, tiene más miga de lo que parece y más alcance que un cañón de á treinta y seis:

—*¡Al pelo!*

No es preciso haber estado en Salamanca para saber que un gran susto nos

pone los pelos de punta, ni se necesita calentarse mucho la cabeza para comprender que hay gentes que le cuentan los pelos al diablo. Pero aquel otro pelo, traído allí por arte de birlibirloque, como quien dice, arrastrando, ¿què tiene que ver con qué seamos más listos que Cardona, ó tengamos más suerte que un quebrado?

Nada, estamos conformes; aquello es una salida en falso para escapar por la tangente y no quedarse con el agua al cuello; una frase de brocha gorda sin fuste ni muste, que no vá á ninguna parte.

Y no obstante, algo tendrá el agua cuando la bendicen, porque así y todo la frase hace fortuna, y corre más que el viento, y anda de Ceca en Meca mirando por encima del hombro y haciendo sudar el quilo al pobrete que, con el diccionario y la gramática en las uñas, pensó que tenía á Dios sugeto por los piés, y ahora se encuentra con que ignora de la misa la media, y con que para decir esta boca es mia, ha de tentarse el cuerpo.

Esto, naturalmente, le sabe á quina,

y nos levanta el gallo, y pone el grito en el cielo, y dice que aquello es convertir el habla en merienda de negros; que el pastel está descubierto y que debemos entregar la carta, porque allí la Academia es quien lleva la voz cantante, y no ha de permitir que se revuelva el cotarro, dejando á cada cual meter su cuarto á espaldas.

Pero sí; en buenas manos está el pandero; como quien no quiere la cosa, nos tragamos la partida, y dándonos de ojo, y diciendo, aquí que no peco, vengan ratas; que no nos hemos de convencer aunque nos prediquen frailes descalzos, y salga el sol por Antequera. La nuestra es la que queda sobre el hito, aunque ande la gramática como tres en un zapato y al diccionario no le llegue la camisa al cuerpo; que somos hombres de pelo en pecho, y no nos paramos en pelillo ni nos andamos con aquí la puse.

A quien Dios se la dió, San Pedro se la bendiga; que á nosotros no nos duelen prendas, y le soltamos el toro al más pin-

tado, antes que se persigna un cura loco.

En resumidas cuentas. Aquel *pelo* estará traído por los *cabellos*; pero ello es que dá el opio y que viene como el agua de Mayo; en fin, que está *al pelo*, y se acabó; no hay más que decir.



# INDICE

---

## PÁGINAS

---

### Un vivero de sabios

---

I	Don León Borrego. . . . .	7
II	Periquito Castañas. . . . .	13
III	Don Fulgencio Abril de Pombal.	19
IV	Corrales. . . . .	25
V	Don Ventura Núltas. . . . .	31
VI	Don Pompello Grande y Mayor.	37
VII	Don Antioco. . . . .	43
VIII	Juan Martín. . . . .	49
IX	Don Adolfo J. de Zambul. . . .	61
X	Don Caralampio Mota. . . . .	67
XI	Filipo Labilis. . . . .	73
XII	Trujacho. . . . .	79
XIII	(Remate). . . . .	87

### Frases hechas

---

I	Preliminar. . . . .	99
II	Una plancha. . . . .	105
III	La procesión va por dentro. . .	111
IV	Al pelo. . . . .	117

FIN

